

¿LA RELIGIÓN PERMEA LA CULTURA?

Al contemplar la realidad de hoy, es difícil comprender cómo un mundo que en su mayoría se declara “religioso” en sus prácticas es tan violento.

El concepto de cultura tradicionalmente se ha comprendido como “cultivo del espíritu humano” que se traduce en costumbres, prácticas, rituales, valores que consolidan la identidad de un grupo.

En otro momento histórico resultaba fácil clasificar las culturas tanto a nivel general (cultura occidental y cultura oriental) como particular (cultura indígena, latinoamericana, “afro”, “carioca”, “paisa”.) ya que existían rasgos comunes que permitían ser identificadas por su manera de comprender el mundo y ubicarse en él desde una “misma” perspectiva.

Actualmente, como efecto de la globalización es difícil determinar las líneas divisorias entre una cultura y otra, “se acusa a la globalización de querer homogeneizar las culturas, sometiéndolas todas a la cultura capitalista de corte americano”, no queriendo con esta afirmación desconocer que aún existen culturas que en medio de todos los procesos históricos que se han vivido a nivel global, conservan su identidad.

Al abordar el tema de la religión pasa algo semejante. Con el proceso de secularización, la sociedad occidental gana autonomía con relación a la religión. El papel de suplencia que venía ejerciendo la Iglesia en diferentes ámbitos: políticos, artísticos, éticos, “permeaba” de manera “visible” la cultura. La unión de política y religión hizo que se impusiera la visión “cristiana” en esta parte del mundo y desde ella, se marcara una serie de símbolos, celebraciones, representaciones artísticas, que permanecen hasta hoy pero que han ido perdiendo su fuerza originaria por ser el resultado -en gran medida-, no de una evangelización libre sino “impuesta”, lo cual para la conciencia de las personas de este siglo es absurdo y carente de sentido.

En la modernidad, el ser humano empieza a repensar el mundo (cultura, educación, religión, arte) a partir de él mismo y asume la tarea de irlo construyendo de la mejor manera posible. Al dejar de tener la sociedad una dirección prevalentemente religiosa, la cultura se tornó más independiente. Ya no se tiene necesariamente una justificación religiosa sino que el ser humano se ve interpelado a buscar otros argumentos existenciales que respondan a sus necesidades vitales y a sus búsquedas de Trascendencia desde otras esferas, no necesariamente vinculándose a una religión particular, y si lo hace, encuentra muchas ofertas, es libre para adherirse voluntariamente a aquella que responda a su deseo interior. La religión deja de ser algo impuesto que permea “visiblemente” la cultura y pasa a ser una opción entre muchas otras.

Teniendo en cuenta este panorama, cabe preguntarse si efectivamente la religión permea la cultura y de qué manera lo hace. Al contemplar la realidad de hoy, es difícil comprender

cómo un mundo que en su mayoría se declara “religioso” en sus prácticas es tan violento. Cómo entender que la diversidad de tradiciones religiosas que en “teoría” buscan una relación con un ser “Trascendente” y desean vivir la justicia, en la “práctica “excluyan la diferencia y justifiquen la guerra?

¿Qué le puede decir a un joven de hoy, cansado de argumentos racionales, de imaginarios colectivos, de soledad y sin sentido, un grupo de personas que se reúnen en un lugar “sagrado”(templo, mezquita, sinagoga), con un texto “ inspirador” (Biblia, Torá, Coram), para celebrar en “comunidad” lo que se profesa con palabras pero no siempre se traduce en obras concretas de justicia?

Para poder permear con “sentido” la cultura, las diversas tradiciones religiosas deben entrar en diálogo con ella; comprender el momento histórico que se está viviendo; entender que no son más instituciones hegemónicas; reducir las distancias que impiden ver la realidad como está aconteciendo en la esquina, en el bus, en la universidad, en los barrios y hacerse solidarias no sólo con campañas, diezmos y ofrendas sino con sus vidas.

Si las religiones quieren impactar la cultura primero tienen que impactarse ellas mismas, propiciar espacios de conocimiento interior, de análisis de realidad que lleven a verdaderas conversiones, no sólo cumplir con un requisito para ser partícipes de algo que ya está dado, sino dejarse afectar, tocar por lo humano y hacer parte de esas pequeñas comunidades desde dentro, no como un espectador más sino como una “piedra viva”.

Partiendo de mi experiencia personal, como cristiana, siento que nuestra religión sólo puede permear la cultura si lo hace a la manera de Jesús, entendiéndola como un medio, no como un fin. El medio nos ayuda “tanto, cuanto”. En algunos aspectos nos puede acercar a lo fundamental, con sus ritos, formas, libros inspirados, prácticas, pero el fin es la relación con Dios, que no depende de ritos, normas o leyes sino que es un don continuo.

Esa relación con Dios fue la que cambió a Jesús y le permitió nombrar al “innombrable” como “Papá” y reconocer en la viuda, extranjera a una “hermana”. Esa relación con Dios fue la que lo llevó al desierto para tomar distancia de su cultura y su religión, de los “poderes”, para valorar lo que había en ellas de humano y divino pero también para desenmascarar “los sepulcros blanqueados”, expulsar a los vendedores en el “templo”, revelar la verdad a Pilatos, entrar en controversia con los jefes de estado y los sacerdotes y sin embargo morir amándolos hasta el final.

Esa relación con Dios fue la que le permitió encarnarse en la realidad de su pueblo, vivir en Nazaret “treinta años”, aprender a sembrar, a leer en la sinagoga, a contemplar la vida en sus pequeñas manifestaciones, darle sentido a las celebraciones judías, entender que la norma se hizo para el hombre y no el hombre para la norma, romper con los prejuicios, vivir de la verdad que es la única que nos hace libres.

En este sentido la teología debería tener en cuenta que su misión es intentar ponerle nombre a una experiencia que está aconteciendo y que posiblemente necesite de otros lenguajes, símbolos, y purificar las imágenes que las religiones hemos creado no sólo de Dios sino del ser humano. Como bien lo expresa José María Mardones, en su libro “La vida del símbolo”:

“En un clima de pluralismo cultural y religioso, de descubrimiento de la diversidad religiosa, crece un eclecticismo que rechaza al Dios unívoco, claro y distinto de las confesiones y se siente atraído por la novedad de otras representaciones más amorfas de lo divino. El peligro de la trivialización se da la mano **con la exigencia de una purificación del discurso y las imágenes de Dios que ha llegado a la teología** y que constituye una ocasión para revitalizar un diálogo interreligioso y con la experiencia contemporánea del mundo y la existencia. Una suerte de hermenéutica teológica de esta modernidad tardía” (136)

Buscar lo que nos une: lo humano; trascender los ritos: amarnos; celebrar lo que se vive: entregándonos a una causa mayor, para nosotros el Reino...reconocer con humildad que no somos dueños de nada, que no lo sabemos, ni lo tenemos que saber todo y que como seres humanos no tenemos palabras definitivas.

Siento que la invitación es atreverse a ir por otros caminos en la teología, hacerla desde otras miradas, encontrar sintonías, construir puentes interculturales e interreligiosos, por ejemplo desde la teología negativa:

“la teología negativa no es exclusiva del cristianismo ni de la tradición bíblica. Las tradiciones orientales (la mística hindú, la budista y la Islámica) conocen el despojo de la pretensión objetivadora y aprehensora del conocimiento. Empujan hacia el silencio y saben de la imposibilidad de descubrir al Inefable. Saben como repite el pensamiento postmoderno actual, que no hay que afirmar nada del Absoluto, porque ello significaría que lo objetivamos y lo reducimos a algo finito”(pg. 139)

Para concluir, considero que la pregunta no debería ser más, si la religión permea la cultura sino de qué la ha permeado y de qué podríamos liberarla hoy.

BIBLIOGRAFÍA

Arboleda, C (2007). Profundidad y cultura. Medellín: upb.

Mardones, J (2003). La vida del símbolo. Santander: Sal Terrae.

Marysol Franco Echeverri.odn
Religiosa de la Compañía de María. Colombiana.
Licenciada en educación y bachiller en Teología